

Alejandro Lora Risco

## Universalidad del concepto de cultura

“El hombre no está marcado por una definición eterna, al contrario, está abierto a los intercambios y a los acuerdos. Los grupos que constituye se deben menos a una fatalidad biológica que a la libertad de adaptación reflexiva, al ascendiente de las fuertes personalidades y al trabajo constante de la cultura. Una nación es también una larga experiencia. No deja de pensar por sí mismo y de formarse. Puede considerársela como una obra de arte. La cultura no es un reflejo sino una toma de posesión progresiva y una renovación”.—Henri Focillon.



O hay, al margen de la consideración de los problemas de nuestra existencia histórica en relación con los de la cultural universal, lo que podríamos llamar, *sensu stricto*, una filosofía americana. Especular a voluntad sobre el concepto del Ente y de la Existencia, puede hacerlo con inspiración verdadera y esmerada técnica, cualquiera de nuestros filósofos representativos, pero ese hilo de sus pensamientos más hondos será de la madeja de los grandes sistemas metafísicos, que todos añadidos forman el soberbio, unido e indestructible cuerpo del filosofar.

Sin duda, si un pensador de nuestras tierras logra iluminar a una luz nueva la Epistemología, o la Ontología, podrá decirse que tal aporte constituye un hallazgo de propiedad continental, pues no se le ha ocurrido a nadie sino a ese determinado pensador americano. Sin embargo, esta filosofía que tiene como objeto algo universal y trascendente, lejos de emanar o salir al encuentro de algunos rasgos específicos de nuestra singular humanidad americana, destaca sólo ciertas relaciones abstractas intrínsecas a la naturaleza del pensamiento en sí, del intelecto. Ningún filósofo piensa sobre un ser ni una existencia particulares, sino sobre el ser y la existencia que envuelve a toda forma especial y particular de la vida y del mundo, eso que denomina Jasper "lo Circunvalante", y Heidegger, Omnitudo. La historia personal del espíritu, aunque condiciona la actitud meditativa, no interviene en la manifestación de su producto intelectual.

Sólo un convencionalismo harto pueril quiere hacer griega por excelencia la filosofía de Platón. Tampoco Heráclito ni Aristóteles dejan de ser menos griegos y en virtud de muy otras excelencias. Sin embargo, el contenido de su pensamiento no pertenece a nadie sino al pensamiento mismo. Claro está que las más diversas corrientes orientales y autóctonas se han fundido en el crisol de la Hélade; pero esa maravillosa originalidad resultante es tanto menos griega cuanto más platónica, heraclitiana o aristotélica, es decir cuanto más fructifica en nuevas, diversas y encontradas direcciones del pensamiento. San Agustín y Santo Tomás están apuntalados por Platón y Aristóteles, y la obra de los filósofos de la Cristiandad es en nuestro tiempo el fundamento lógico de las de Brentano, Husserl y Heidegger. ¿Es alemán el imperativo categórico y la síntesis trascendental? ¿Es francesa la *duration* bergsoniana? El pensamiento no tiene patria y la Lógica, de suyo, trasciende la frontera de pueblos y mundos.

Cambia un poco de aspecto la cuestión cuando el filósofo lo es de la Ética. Una ética puede derivarse de una actitud típica de la comunidad ante el mundo, y en este caso puede hablarse de una fi-

lososofía hindú, árabe, griega, etc. Y quizá algún día, cuando nuestros pueblos alcancen una evolución inesperada y magnífica, pueda hablarse de una filosofía americana que refleje sus virtudes humanas más raras y brillantes.

Filosóficamente hablando, no hay originalidad de pensamiento que se identifique con el de la vida de un hombre o de un pueblo. Las ideas permiten engendrar relaciones abstractas que tratan de representarse el ser, lo universal, la divinidad, y al hacerlo, puede decirse que el hombre no es más que un punto ideal dentro de un mapa de relaciones asimismo ideales. Su verdadera índole, psicológica, circunstancial, se borra como por encanto. Su peculiaridad indígena desaparece para dejar trasparentar en sí sólo aquello que tiene de común con esa parte del ser dispuesta en actitud de pensar, estimar y conocer. El primer gran paso en tal sentido, corrió de cuenta de Platón y Aristóteles. El segundo, de Santo Tomás. Kant dió el tercero. En cuanto el hombre destaca su relación de dependencia con respecto del pensamiento puro, deviene un absoluto irreal: es todos los hombres a un tiempo, o lo que es lo mismo, ningún singular hombre de éstos y aquéllos caracteres notables. Jean Wahl lo admite paladinamente, y expresa: "Debemos tener en cuenta el hecho de que la tradición de la *philosophia perennis* quizá ha relegado al fondo ciertos rasgos radicales del hombre, quizá ha destruído en cierta medida el sentimiento de nuestro parentesco con el universo, mejor guardado por la poesía". "El hombre, agrega, está en una cierta situación dentro del universo, y desde esta situación ve los objetos como los ve. Mas para explicar los fenómenos tiene también el poder de colocarse en un plano distinto, y mediante esta operación es capaz de comprenderlos más plenamente, al mismo tiempo que *ipso facto corre el riesgo de olvidarse de su situación real*". El dramático advenimiento de las filosofías existencialistas, no significa otra cosa que la desesperada huída del filósofo del sagrado recinto de la dialéctica, en busca del choque apasionado y cordial con la vida y el mundo. ¿Pero no han vuelto des-



pués a dispersarse tragadas por las fauces de las aporías dicotómicas y la dialéctica?

Es preciso saltar a otra esfera de creaciones, a la del arte, para reconocer en el producto artístico la impronta peculiar de un hombre o de un pueblo. Y aún así, no del todo en absoluto. Pues si bien es verdad que la atmósfera emotiva de una obra de arte refleja el estado de ánimo, o temple, del creador, que es un estado de ánimo propio de la sensibilidad humana en general, la forma misma de esa obra presenta también una invención, un conjunto articulado de relaciones abstractas, insuperables, donde todo residuo psicológico ha desaparecido por completo. Lo que no ha desaparecido del todo, a buen seguro, dentro del objeto estético en sí, es su carácter de absoluta originalidad, que lo reviste de una forma y una emoción inconfundible.

Contra lo que se ha dicho, el arte es lo opuesto a la filosofía. Esta implica la absoluta despersonalización. Aquél, lo contrario, la más ahincada y radical personalización. El arte es lo irrepetible, lo desenlazado de la tradición a través de un campo sembrado por la tradición; en tanto que el filosofar es un retorno constante e insalvable a la tradición a través del camino profundo de lo insular. Mientras que en el arte predomina el hallazgo inconsciente de lo único sobre la búsqueda consciente, en lo filosófico impera la búsqueda consciente de lo unívoco e impersonal. El arte sería algo así como el conocimiento de todos por lo individual, mientras que la filosofía el de lo individual a través de las relaciones generales.

\* \* \*

Una filosofía de América no cabe, pues, si no es una investigación metódica del pensamietnō aplicado a aquellas determinaciones que nos singularizan. Sólo en este sentido podemos afirmar con orgullo que América tiene filósofos y filosofía. ¿Cómo averiguar, filosóficamente, en qué medida nuestra personalidad histórica y telúrica revela nuestra esencia? La respuesta no se hace esperar: en la

medida que es universal. Esto es bien sabido. Pero se insiste, sin embargo, en que lo universal se opone a la caracterización de nuestra prominente y acariciada originalidad. Que hay que ser primero americano y que lo otro, el valor apetecido de la universalidad, se nos dará por añadidura. Naturalmente, si estuviéramos a ciencia cierta en posesión del secreto o de la fórmula de lo que es "americano", nada más sencillo que retoñar de esa fórmula. Pero el hecho es que ser americano no es más que un proyecto de vida en ejecución, y que jamás alcanzaremos a serlo según ninguna fórmula precisa y definitiva mientras esa ejecución, históricamente, esté en marcha. Es más: sólo en movimiento histórico y en marcha, es posible aspirar a ser nosotros mismos en esencia, por oposición a cualquier otro estilo de vida. Eso es precisamente ser americano: pugnar por un ideal de vida que, en la medida que ahonda y se acrecienta, perfila nuestra índole, nos crea, nos transforma, y nosotros lo re-creamos a él. No es posible por lo tanto empezar por el fin, y decir: esto es ser americano, y ahora vamos a llevarlo a la práctica. Semejante posición ideológica es absurda en sí misma. Sería como hacer la historia retrocediendo sobre ella, borrándola, desdibujándola. Pero no somos cosa, entidad completa y cuajada en su molde, sino aventura, aventura dramática del probable o improbable encuentro con nosotros mismos, con lo que somos al hacernos. En este sentido, "el hombre, dice Ortega, no tiene naturaleza, lo que tiene es historia"; y que, por esa misma razón, "el hombre siempre está a punto de no serlo". ¿Por qué, pues, habrá de aniquilarse en la conciencia del hombre americano el sentido inmanente a su existencia histórica: la responsabilidad de buscarse a sí mismo en el futuro, para ser, y no en el pasado, que es una vaga sombra?

Nunca sabremos a punto fijo qué es ser americano. No lo sabremos nunca, por ventura. O sería lo mismo saber qué es el hombre y qué es lo que hay que hacer de él, concretamente en la historia, frente al mundo y a Dios. Sería como llegar a desvelar su enigma, y en consecuencia, el de Dios y el universo.

He aquí una contradicción flagrante de semejante tesis. Pedir

que seamos según una fórmula precisa, a toda costa, americanos, implicaría el conocimiento por adelantado de nuestro destino, justamente el de nuestro destino en cuanto hombres. La fórmula "americano" habría que ampliarla en este caso a la del hombre en general, a la de la humanidad. Sin embargo, la historia, la problemática histórica, en la que cada comunidad humana se debate, en busca de sus altas virtudes señoriales, es la que nos insta a ser, en cuanto americanos, una cosa concreta respecto de esa cosa inconcreta en cuanto humanidad. El rango de la existencia se lo da al hombre su singularidad, el carácter personal y constante con que resuelve en cada caso distinto un solo problema cósmico y existencial. De otro modo, existiría una manera justa de llegar a ser hombre, el hombre en general, fácil de aplicar en cualquier latitud de la tierra.

Pero he aquí que esta singularidad no es un producto con el cual nos topemos, no existe ni está dada, constituye apenas una aspiración, y una aspiración que sólo puede colmarse en la medida que tomamos conciencia del hecho de la universalidad de la cultura, en función de la cual nuestro modo específico de ser no constituye otra cosa que un ideal activa y problemáticamente postergado. ¿Podemos acaso diseñar o prefigurar una meta histórica y su forma definitiva? "Un porvenir conocido de antemano, decía Burckhardt, entraña un contrasentido".

Para alcanzar por fin nuestro ideal, es preciso recorrer el camino sutilmente entretejido y cortado por miles de pequeños caminos, de la universalidad. Este rodeo que en apariencia nos aleja, es el único que de hecho mantiene flexible y pura la vocación de nuestra esencia. En cuanto creemos haber dado con ésta en definitiva, perdemos el enlace con lo que nos fortalece y da la vida, con los que nos permite insistir dramáticamente e irnos revelando sorbo a sorbo.

El único horizonte de nuestro propio ser, en cuanto americanos, no tiene pues caminos. O, mejor dicho, los tiene todos. Ser americano no es sino contribuir con nuestras experiencias y nuestro



propio sello personal (siempre cambiante y condicionado) a la vigencia de un ideal que es universal.

Si hubiese en nuestro propio cosmos telúrico y humano, un rasgo típico en virtud del cual ser una copia o duplicado de nosotros mismos, ya estaría de más ese carácter, pues cabría imitarlo sin esfuerzo ni mérito. De existir en América ese signo terrígeno o divino, estaríamos confundidos con él, y así confundidos, deberíamos considerar cercenada nuestra historia vital, creadora y dramática. No existe, sin embargo, ningún valor equivalente a un muro que nos detenga y cierre el paso. Somos un pueblo nuevo y joven porque buscamos a través del conocimiento del mundo y de nosotros mismos, un camino de realizaciones y un digno reflejo espiritual y moral de nuestros actos. O sea, en fin, porque hemos emprendido dramáticamente la aventura indecible de la historia.

La pretendida contraposición radical entre indigenismo y universalidad, no puede ser, en ningún caso, el rasgo que distinga al mundo americano. Lo indígena no es nada en sí mismo, por cuanto sabemos que si fuera algo concreto, estaríamos ya de pie sobre la meta, y por lo tanto se habría detenido nuestra historia. Lo indígena coincidiría con la negación de nosotros mismos y de nuestras fuerzas.

La verdad es otra. Lo indígena representa un valor fantasmático y actúa de modo peculiar en la problemática de nuestras culturas. Se refiere a un pasado extinto cuya grandeza se quisiera revivir de algún modo, y, si fuera posible, actualizando algunos de sus ideales de vida. América se origina en el ápice de una cultura indígena espléndidamente desarrollada. De ese ápice nos habría echado por la horrible ladera la conquista española, la civilización occidental. Hay pues que volver a ese punto de partida, a esa meta, en un ricorso que tiene que implicar el desahucio de todo lo foráneo. Nuestra historia se encaminaría en marcha forzada hacia la recuperación total de ese pasado, donde el tiempo y el espíritu habían logrado detenerse, plenos de madurez y de felicidad. No pensamos, sin embargo, que lo indígena representa un pasa-

do muerto, una dirección que sólo puede revivir por obra de la vida que seamos capaces de infundirle, pero ya desde la corriente de una tradición de cultura enteramente distinta. Lo indígena sólo puede actualizarse en la forma de una tradición nueva, es decir, con la vista puesta en el futuro y ya no en el pasado.

Olvidamos que la naturaleza del proceso cultural que nos llevaría hacia una nueva indigenización de nuestro concepto del mundo es de un carácter muy especial. Se trata de la re-indigenización de los valores universales vigentes, activos y poderosos en nuestra cultura, y no de la fingida resurrección de los autóctonos.

Nuestro caso es bien característico. América se conforma históricamente gracias al juego de valores culturales cuya raíz más profunda está en su inherente valor de universalidad. La cultura occidental, con la cual hemos enlazado y de la que dependemos, se fundamenta en un sentido muy alto de su propia existencia, que es el que sigue: reunir en un solo haz todas las corrientes de la historia mundial y trasfigurarlas como un todo en un esfuerzo por crear su unidad definitiva. Al abrirse las puertas del Renacimiento, se deja ya vislumbrar, en el horizonte abigarrado de la época, este ideal básico de una historia universal. La Ilustración, luego, obró con él como con una de sus fuerzas más potentes, como con una intuición realmente deslumbradora. Nuestra época, a partir de Ranke y Dilthey, ha pasado a tomar conciencia de esa situación. Spengler, por ejemplo, el más romántico, el menos riguroso, no ha podido menos que adivinarlo y decirlo: "Sólo las naciones son pueblos históricos, pueblos cuya existencia es historia universal". Cada vez se ha hecho más claro este concepto. Huizinga, uno de los más responsables, redondea la definición: "El pasado de nuestra cultura es hoy, por vez primera, el del mundo; nuestra Historia es por primera vez una Historia Universal".

Aunque no nos hayamos percibido, inconscientemente hemos también asimilado con los valores de la cultura occidental —o estamos en vías de hacerlo, porque es preciso hacerlo— ese ideal de universalidad que es su más alta y profunda conquista. No po-



demos, por lo tanto, menospreciar otros valores culturales, sin desconocer la existencia del más caro ideal humano que haya aparecido sobre la historia. "Si el término humanidad, escribe Cassirar, tiene alguna significación quiere decir que, a pesar de todas las diferencias y oposiciones que existen entre sus varias formas, éstas, sin embargo, cooperan en un fin común. Habrá que encontrar, a la larga, un rasgo sobresaliente, un carácter universal en el cual concurren y se armonicen todas. Si acertamos a determinar este carácter podremos juntar los rayos divergentes y hacerlos converger en un foco común del pensamiento".

Buscar americanamente nuestro camino propio, méritos, valores efectivos, singularidad, valor y personalidad inconfundible, no quiere decir, en definitiva, que ello ocurra a espaldas de la más noble tradición de la humanidad y de su más elevado sentido de la vida. Indigenizarnos no quiere decir recaer en los viejos moldes extintos e inanes, o sacudir de su letargo las instituciones en ruinas, sino, muy por el contrario, hacer más nuestros e identificar con el espíritu de nuestra tierra, aquellos valores universales en los que se ha formado nuestra conciencia del mundo y a través de los cuales tenemos una pauta para ahondar en la especificidad de nuestra radical autonomía y diferencia. Tenemos en nuestras manos nuevas y jóvenes toda una riquísima tradición universal, con la cual conformar nuestro espíritu y remodelar creadoramente un nuevo mundo de realizaciones éticas y artísticas.

En este sentido, digo que nos va haciendo falta cada día más, y ello es muy grave, una auténtica filosofía americana, es decir, filósofos que penetran con holgura y hondura en ese único tema alrededor del cual todos los demás aspectos de nuestra vida social y espiritual van surgiendo soberbiamente iluminados: el problema de las relaciones entre nuestra existencia histórica, según sus genuinas peculiaridades, y el de la cultura universal, según la más vasta tradición de la humanidad.

Santiago, junio, 1955.